

## La paz que es necesario construir

*Domingo, 30 de octubre de 1938*

Ciertamente, no se le podía asegurar a Munich la paz eterna; pero al menos se ha impedido la guerra por lo demás se han querido establecer unos fundamentos para un orden más estable que permitiría un día construir una cooperación internacional. Pero para llegar a ese noble ideal, e incluso para prolongar la tregua, o para disfrutar útilmente y sin sobresaltos de la tregua alcanzada, es necesario urgentemente apagar el hogar de guerra que arde aún, y terminar con esa pesadilla y ese avispero, que se llama el conflicto español.

Por encima incluso del interés del pueblo español —tan evidente y para mí tan obsesivo— quiero examinar ese problema de conveniencia presente, incluso de necesidades ineludibles, en el plano y bajo el ángulo del interés general europeo.

Primero el lado de la justicia. Si hubo, y hay siempre a pesar de las reacciones naturales, un alivio general estrepitoso y extendido entre los pueblos, sin exceptuar aquéllos que debieron consentir pesados sacrificios, es que apreciamos en su justo valor el gran beneficio de la paz, después de habernos inclinado con horror hacia el abismo de la conflagración universal. Entonces nada más equitativo que hacer participar de una alegría así a ese pueblo español, tan duramente castigado, no sólo por la amenaza de una guerra posible, sino también arruinado por la realidad espantosa de una guerra prolongada. Sin duda eso fue el fruto inevitable de su locura; pero su falta no es la única causa; y además esa falta, y los culpables inmediatos, han sido despiadadamente castigados.

El aspecto de la justicia igualitaria, o del equilibrio internacional, no bastaría en absoluto frente a una apreciación realista, y por consecuencia justa, de las relaciones internacionales, las cuáles están basadas en la preocupación predominante de los egoísmos sagrados de cada patria. Pero es precisamente por ese lado donde la necesidad de concluir la guerra española se muestra más urgente y menos discutible. No es necesario conocer la ciencia o el arte militar, para comprender, no sin alarma muy justificada, hasta qué punto la guerra

española ha evolucionado en sus metas, en su naturaleza, bajo la influencia de los temores y de los riesgos de la situación internacional, tan tensa durante los últimos meses. Basta con mirar el mapa de España y reflexionar sobre el desarrollo y la obstinación pertinaz de los últimos combates oscuros, prolongados, y asesinos como aquéllos de casi todas las guerras modernas, combates tan asoladores como poco brillantes.

Se sostenía en España una guerra civil, con la ayuda !desgraciada! de los simpatizantes extranjeros; pero, a fin de cuentas, las metas y las direcciones de las operaciones respondían a la naturaleza y a las necesidades de una guerra interna. Bastó con la tensión europea para desplazar los esfuerzos de las facciones combatientes hacia unas miras de otra envergadura, en las cuales la idea de una lucha interior civil se había borrado ante otro deseo obsesivo: el de poseer triunfos utilizables para poder ofrecerlos a las rivalidades europeas cuyo patronato se deseaba y con las cuales está previsto el encuentro.

La tregua incesante, pero en varias ocasiones descubierta, de hacer que la guerra civil española se convirtiese en una catástrofe universal, esa loca esperanza del odio ideológico, se abría camino en favor de las complicaciones que los hombres de Estado, conscientes y responsables supieron con coraje, y alguna amargura, desvelar pacíficamente.

Sin duda el peligro pertenece al pasado, y podemos esperar ver a la lucha española retomar su primera naturaleza y con ésta sus metas directas; pero la lección que surge de sus acontecimientos es demasiado inquietante para que podamos dejar la puerta abierta a otra maniobra de complicación: maniobra fácil en la situación aclarada pero no asegurada de la política mundial.

Tanto tiempo como la herida española esté abierta y sangrando en el flanco de una Europa inquieta, se asistirá a menudo a un espectáculo amenazante de tales maniobras que no serían en apariencia más que unos capítulos asesinos de la historia de España, pero que en la realidad de las intenciones escondidas de los fanáticos combatientes pertenecen a la historia universal, como el preludeo velado de una guerra mundial, que ha podido felizmente ser evitada y que un día podría destruir nuestra civilización.

A la vez que señalamos el interés universal existente por concluir la obra de pacificación, extendiéndolo a España, quiero sin embargo señalar cómo la ejecución de una tarea así corresponde de pleno derecho, y como deber supremo, a los partidos españoles que están en el poder. Se perdería toda razón al quejarnos de la intervención extranjera en la guerra, si se pidiera al extranjero el imponer la paz. ¡A cada cuál su deber! y el nuestro, el de nosotros Españoles,

es la de restablecer la paz en casa, sin mirar más allá de las fronteras con la idea de traer más problemas, más odios y más dificultades, que impiden o simplemente retrasan la hora del descanso y de la seguridad, que el mundo reclama y espera.